





**Fernando Jerez**

Nostalgias y desdenes

NOVELA

© Fernando Jerez

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

**[www.simplementeeditores.cl](http://www.simplementeeditores.cl)**

**[contacto@simplementeeditores.cl](mailto:contacto@simplementeeditores.cl)**

Registro de Propiedad Intelectual N° 184 902

ISBN: 978-956-8865-01-6

**Fotografía y diseño portada:**

Jenny Contente G.

**Diagramación:**

Jenny Contente G.

**Impreso en:**

Salesianos Impresores S.A.

Noviembre, 2009.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

**Fernando Jerez**

Nostalgias y desdenes



**SIMPLEMENTE**  
EDITORES



# 1

Dos acontecimientos extraordinarios estremecieron decisivamente mi sensibilidad en febrero de 1998. Uno se relacionaba con el escritor Néstor Señoret. El otro, con Katie. La llamada telefónica de Katie opacó durante algún tiempo al primero. Me produjo una alegría atolondrada, pero después de colgar, sentí algo de vergüenza contra mi mismo. En general, no cargo con incidentes serios como para facilitar la desaprobación de mi conducta. Más bien, debería decir que los errores que he cometido en mi vida, con cuarenta y tres años cumplidos, no superan ni en número ni en gravedad el promedio de caídas que registra la escondida bitácora de la gente que llena los estadios de fútbol, o que protesta frente al palacio de gobierno gritando estribillos soeces como si no fuesen suficientemente explícitos los lienzos escritos con frases de humor trágico.

Insisto, la llamada que recibí de Katie despertó en mí un orgullo indebido a pesar de la humillación que lleva consigo el abandono. Aún sumido en la basura, uno suele sentir vanidad. ¿Me había amado ella? Yo sí la quise hasta el punto de perder la noción exacta de cómo debe equilibrarse la felicidad y la fe en las personas. La había amado hasta despertar en mí un sentimiento de hermandad y comprensión hacia aquellos que enturbian su sangre tomando píldoras para dormir con la muerte. Poco tiempo después de conocerla, pude entender las decisiones de muchos enamorados que renunciaban a seguir

viviendo en un mundo donde la persona que más los acercaba a la felicidad de pronto sólo sentía desprecio por ellos.

Mi orgullo carecía de legitimidad, no podía sostenerse por el solo hecho de que Katie se acordara de llamarme después de cuatro años, aunque me esforcé por demostrar cierta dignidad ante esa voz que tal vez yo todavía amaba: como se ama a tantas personas sin justificación causando asombro en quienes de verdad se interesan por nuestro bienestar psíquico.

Sin embargo, no era la llamada telefónica que yo esperaba. En otro tiempo, no hubiera dormido esperando la bendita señal del teléfono. Ahora, no. Había pasado los últimos seis días levantando el aparato con otra ilusión: que fuese la chica del restaurante la que llamaba. Le había pasado una tarjeta, ahí estaban las señales que la llevarían a comunicarse conmigo. El timbre del teléfono casi siempre conlleva una dosis de impertinencia. Le dice a uno *deja todo lo que tienes que hacer, y rápido*. Esta vez me conminaba a dejar el libro de Néstor Señoret que en aquel momento releía con particular interés: el texto relataba el sorprendente despertar de un hombre que al deambular por su casa va descubriendo que lo rodea la soledad más inexplicable. Ni la esposa, ni los tres hijos, así como la suegra y la Nona, se encuentran en las camas donde se habían acostado a dormir. ¡La casa había amanecido vacía! Mientras con obvia incredulidad el hombre busca por las calles indicios de su familia desaparecida en un mundo de súbito vacío de personas, incluso dudando si él mismo no se encontraba en esos momentos habitando la niebla de la nada, el teléfono me despertó a la impulsiva realidad que transmitía la impactante llamada de Katie.

Por entonces, quedaban en mi alma, ya fosilizados, los dolorosos episodios que había vivido en los últimos años. Mi cerebro se recuperaba, ya no veía cada tanto sombras tras los cristales, ni me llegaban con dudosa nitidez pasos furtivos desde la escalera del edificio, ruidos de sicarios con zapatillas cuyas suelas de goma silbaban en mi imaginación.



Eran las nueve de la mañana del trece de febrero. Enfrente, los obreros trabajaban en levantar un nuevo edificio. En pocos meses, unas cuantas casas de los alrededores habían sucumbido aplastadas como cucarachas por las máquinas de la guerra inmobiliaria con el fin de levantar en los terrenos asolados, sin ningún rigor estético, unos enormes cajones de hormigón dotados de ventanitas para respirar, de manera que el deudor pudiera mantenerse con vida por lo menos hasta que cumpliera con el pago de la hipoteca.

Al levantarme a contestar, el libro se deslizó de mis rodillas cayendo al piso junto al marcador de páginas. Me incliné a recogerlo demorando unos segundos en tomar el aparato. Néstor Señoret me había despertado curiosidad desde el primer libro de su autoría que leí. Era un escritor envolvente, te apartaba del mundo. Quería conocerlo. Aunque entablar amistad con un escritor, ofrecerle la palabra en una fiesta, o en una mesa de discusiones, es el mayor de los riesgos.

Katie había recurrido a una tercera persona para llamar. Cuando me puse al teléfono la desconocida preguntó si Martín se encontraba en casa.

—Martín soy yo —respondí de mala gana. Con frecuencia llamaban de empresas para ofrecer un crédito que cuando uno deseaba hacerlo efectivo ya se habían arrepentido.

—Un momento, van a hablar con usted —dijo la voz. Sentí el ronroneo del teléfono mientras se hacía el traspaso como en una carrera de postas.

—Soy Katie, no exclames, no preguntes, no digas nada. —¡Reconocí su voz! Quizás había aumentado la cantidad de cigarrillos mentolados que fumaba puesto que había perdido su melodiosa delgadez. En todo caso, conservaba el tono delicioso y fascinante. La reconocí como uno reconoce a un pariente después de años, aún cuando en parte haya perdido el color de los cabellos, la tersura de la piel, o el ritmo de los pasos que lleva al cuerpo a inclinarse de forma especial al caminar, e incluso, el inimitable fulgor de los ojos.

Katie no me había olvidado. Katie volvía al lugar del crimen, volvía a rearmar el alma que ella había aniquilado. Cuatro años de maduración, tal vez habían llegado a su fin con la aparición del arrepentimiento.

—Sólo tengo palabras para decir que estoy sorprendido —reaccioné.

—Sencillamente quiero verte —dijo, y en seguida rectificó—: Aunque sé que no es tan sencillo.

—Todo es sencillo, somos nosotros los complicados. Quizás quieres despedirte de mí y reparar lo que olvidaste hacer cuatro años atrás. Persiste una cuenta pendiente entre los dos. Pero no te preocupes, me he convertido en un acreedor resignado a perder —fingí.

—De acuerdo, ésta sería la oportunidad de saldarla —dijo, con la misma voz persuasiva de nuestro primer encuentro.

Siempre me ganó su voz. Poseía la virtud de volver dulces todas las palabras, incluso las más severas. Sin duda, era una actriz con facilidad para impostarla, en otras palabras, con habilidades para desprenderse de su alma verdadera, con la facilidad con que se cambiaba uno varias veces al día los bluyines o las falditas. Pero en mi trabajo de escritor yo hacía algo parecido, recurría a técnicas de transformismo para lograr la ansiada meta de hacer creer que las criaturas que se alzan de las páginas de mis relatos son tan legales como aquellas que suelen inscribirse en los libros del Registro Civil. Pero con las personas del diario vivir yo intentaba ser siempre el mismo que la gente veía.

Tenía suficientes motivos para no creer en ella. Tenía suficientes motivos para pensar que me tendía una trampa. En fin, para revivir odios y rencores.

—Ahora mismo no sería prudente que nos viéramos —respondí—. Necesito reflexionar.

Me dictó su número de teléfono y colgué. ¡Yo había pasado un tiempo largo, meses, tal vez un par de años, buscando su número de teléfono! Tuve la percepción errónea de que el tiempo continuaba inmóvil. Supuse que las heridas habían cerrado con

precariedad, que después de años todavía se hallaban expuestas a la infección mortal. Me ocurrió como al incendio que después de apagado a la perfección por los bomberos, al rato las llamas vuelven a florecer seducidas por la brasa más pequeña e inocente.

La primera vez que nos hablamos fue cuando Katie abordó mi viejo Peugeot de latas azul oscuro en Bustamante con Plaza Italia. Yo iba al volante y ella se ubicó con exagerada propiedad en el asiento de compañía. Nos miramos intensamente, pero ni ella ni yo, nos atrevimos a saludarnos con un gesto. Se acomodó con las rodillas alzadas hasta tocar la consola de instrumentos. La faldita de mezclilla denim desaparecía en el asiento y la osada exhibición de sus muslos jóvenes contrastaba con la infantil apariencia de sus pies menudos enfundados en soquetes color rosa y zapatillas celestes. Pensé que en mi calidad de invitado especial, tenía derecho a disfrutar con ella de una sesión de intimidad sin rubores ni represiones morales. Me había hecho esa idea, mientras me distraía mirando de reojo sus muslos. La vi escindida en dos: sus caderas y piernas voluptuosas me parecían indicadas para la celebración de ritos sin freno. Contrastaban con el rostro, las manos inocentes y los pies de rondas infantiles, de zoológicos y parques de cándidas diversiones. Es lo que pensé mientras íbamos a lo nuestro casi sin conocernos antes. Se me ocurrió decirle con torpeza, apenas la vi subir al coche: *entonces, señorita, vamos a lo nuestro*. Una falta de respeto. Tardaría mucho tiempo en darme cuenta con tristeza que la dicotomía de Katie, alcanzaba también a su alma, y a cuanto tocara, hiciera o pensara.

En el asiento posterior viajaban Sandoval y su amiga Sandra. A la hora del regreso a casa, por Bustamante hacia el sur, circulaba una caravana de vehículos cuyos curiosos ocupantes impedían con sus miradas que mis amigos hicieran el amor en el asiento de atrás. Sandoval era enemigo de los compromisos. Juraba que nunca se ataría a una mujer. Mi encuentro con Katie fue la culminación de un trabajo realizado por él y Sandra.

Ambos se habían ofrecido de intermediarios. Katie le pidió a Sandra que hablara con Sandoval para que éste me transmitiera un recado: Katie quería ser mi amiga efímera. Nuestra relación duraría apenas un breve encuentro privado. Me pareció una espléndida propuesta.

Es una tontería regatear ante los caprichos de chicas tan bellas como Katie. Nacen para ser felices, para iluminar, aunque al final caminan a tientas a plena luz del día y sucumben en el fracaso. Los canallas andan al acecho de obras de arte que compran para colgar en sus guaridas. Las cuelgan y después no les hacen mantención afectiva, hasta que se resquebrajan de abandono, mugre y de tedio. Un haragán que ostentaba el mérito de haberla conocido antes que yo era su actual marido. La había encandilado con palabras bellas y la niña Katie, desorientada en su temprano mundo, se enredó en la engañosa oralidad, el sustancioso arte que reina en los negocios y en la política.

Ahora, cuatro años después, Katie demostraba que en ciertos aspectos no había cambiado. Acababa de recurrir a la mediación para comunicarse conmigo.

La belleza figurativa de Katie ocultaba una maraña de conceptos cuyos códigos no resultaban fáciles de esclarecer. Un tesoro en el fondo del mar o a kilómetros bajo tierra. Yo la había divisado en varias oportunidades con una cerveza en la mano en el casino del Centro Cultural, —recinto que antes había sido una estación de trenes— sentada en las modestas e inestables sillas blancas de material plástico que los concesionarios del casino sacaban desde el interior del local al pasillo. Casi siempre vestía una faldita corta confeccionada con tela de mezclilla, deshilachada en el ruedo. Pero, a veces, llevaba pantalones, siempre de yins, muy ajustados, y en raras ocasiones, largos vestidos gitanos, casi transparentes. Hacia ella apuntaban con mayor o menor descaro, las miradas de los músicos que cargaban sus instrumentos camino a los talleres; de los aspirantes a actores que pasaban frente a ella gesticulando una escena recién aprendida; de los aficionados a escribir —en su mayoría gente de edad retirada de la actividad laboral— y de los bailarines que la admiraban de reojo.

Katie me había elegido para salir una sola noche con ella. El gélido Sandoval me recomendaba que no tejiera sueños desmedidos a partir del transitorio encuentro con la bella muchacha. Él era un maestro de las relaciones circunstanciales. Con Sandra se veían en un motel dos o tres veces al mes, con la única finalidad de disfrutar el sexo durante las dos primeras horas, explorando, tocando, enredando y desenredando miembros,

para hartarse finalmente de pollo, papas fritas y piscolas. Pero yo tendía a enamorarme de las muchachas y, si no era correspondido, como por lo general ocurría, a la larga terminaba padeciendo ataques de nostalgias y desdenes. Desde ya, Katie era un peligro. Yo aceptaría ir al encuentro con ella dispuesto a poner en actividad todos los mecanismos de autodefensa. Por lo demás, me pareció que Sandoval había agregado al proyecto de cita un entusiasmo que Katie en la práctica desmentía. Porque después del recado que él me transmitiera, la divisé una tarde sentada a una mesa con sus amigos riendo en forma descarada. El vaso de cerveza que con total despreocupación sostenía en la mano en cualquier momento podía volcarse y regar sus espléndidas piernas. Nuestras miradas se encontraron, pero ni ella ni yo tomamos la iniciativa de hacer un gesto de saludo. Decepcionado, continué mi camino.

Katie mandó a decir, un par de días después, que como aún se mantenía viviendo con su marido, procurásemos vernos de la forma más privada posible.

No le gustó la música que tocaban en la radio del Peugeot. Con el dedo gordo del pie —ya se sabe que los dedos de los pies vagan por el mundo sin nombre ni apellidos, no como los dedos de la mano, orgullosos de su individualidad y de las importantes funciones que cada uno cumple— Katie hizo girar la perinola de la radio hasta parar donde cantaban Los Eagles, *Hotel California*. Los nervios me torturaban y se confundían con la ansiedad. Debí frenar varias veces a punto de alcanzar al vehículo que me antecedía. Creo que *Hotel California* también les llegaba a los transeúntes por sobre los bocinazos y el ruido de los motores, mientras Sandoval y Sandra se frotaban buscando la temperatura de fusión en el asiento de atrás.

Llegamos a las cabañas. Cerca, en el Aeródromo de Tobalaba, los aviones cada tanto irrumpían en el silencio. La cordillera todavía con nieve nos volvía a la realidad haciéndonos ver seres minúsculos. Las ramas de los árboles caían como enormes cabezallas alrededor de las cabañas con la misión de ocultarlas. An-

tes de encaminarse a su lugar con Sandra, que estaba excedida de peso, Sandoval me animó mostrando el pulgar de su mano derecha. Cuando entramos al cuarto Katie se mostró desorientada y sorprendida. Supuse que le correspondía fingir. Entró en punta de pies, como se entra cuando no se quiere perturbar a alguien que duerme. Levantó las sábanas y emitió un gruñido de protesta. Luego se dirigió a probar las llaves del baño, levantó la tapa del inodoro y finalizó la inspección derrumbándose con forzada resignación en el sofá de cuero artificial. La faldita se retrajo dejando a la vista sus muslos espléndidos, y yo apuré el trámite.

—No entiendo —dijo—. ¿Qué estamos haciendo aquí? —. Yo entonces hacía fe de que todo cuanto ella hablaba lo decía con absoluta sinceridad. No le respondí. El entorno hablaba por sí solo. Había una cama (que ella había examinado), una bandeja con picadillo y piscolas depositados furtivamente por la mucama en un nicho, un tabernáculo profano.

Abracé a Katie y ella buscó mis labios. Su faldita cayó al piso y el pequeño trozo de tela pareció el desplome de una lágrima o de la inocencia, porque empezó a quejarse con los labios entreabiertos ya sin dulzura, hambrienta y apurada. Se liberó de la camisa a rayas —*me puse una camisa de mi marido* —dijo—, y yo pensé que antes de salir, ella había tranquilizado al esposo llevando esa prenda como si fuese la bandera de su fidelidad conyugal. O quizás, servía para recordarme que estábamos viviendo un único encuentro, una aventurilla con prohibición de alimentar ilusiones de continuidad. La firmeza de sus pechos cedió contra la locura de mis manos y aparté lejos el corpiño que aún se mantenía en uno de los hombros, quizás la última señal de pudor que le restaba. Sandra, desde el cuarto contiguo, parecía dar la bienvenida al sexo de Sandoval con grititos escandalosos.

Al final, Katie rompió en aplausos por lo que consideró un desempeño memorable. Gentilmente, le devolví el cumplido alzando al cielo una de sus manos.

Yo empezaba a enamorarme de Katie. Antes de abandonar el cuarto ya la echaba de menos y el placer que acabábamos de vivir se esfumaba.

—Necesito verte —dijo Katie en el teléfono—. Necesito que nos juntemos en algún lugar lo más pronto posible.



### 3

Katie comenzó a venir al departamento que arrendé en la que había sido hasta no hacía mucho la plácida comuna de Ñuñoa. Llegaba después de sus clases de publicidad y se marchaba a medianoche, incluso muchas veces después de esa hora y yo sentía frío en invierno y en verano cuando la veía levantarse de la cama para vestirse y llamar al radio taxi que la llevaría a casa. Tal sacrificio me despertaba solidaridad y, al mismo tiempo, me irritaba saber que retornaba al hogar a dormir bajo el mismo cielo con el marido. No atenuaba mi enojo el hecho de que ella jurara que se acostaban en camas separadas.

En una ocasión, se quedó en el departamento tres días seguidos. Me ganó el terror, la certeza de que su marido sin duda la buscaría por celos, por orgullo o por temor a un accidente. Su furia daría con mi dormitorio donde nos encontraría desnudos en la cama jurándonos amor de por vida. Una vida breve para un amor breve, porque con el arma en la mano, me elegiría como la primera víctima que su orgullo herido debía acometer para que Katie adicionalmente sufriera contemplando mis postreras convulsiones. Luego, su delirante catarsis se volvería contra ella disparando al sexo traidor, cuya propiedad había registrado en su alma desde los juramentos obnubilados que se dicen en las bodas. Y, al final, él se dispararía en la sien. Tres muertos en el pequeño departamento diseñado para que *viviera* una sola persona. Mi temor era que todo eso se hiciera realidad en el momento menos pensado, y que muriera conmigo el pro-

pósito de participar en un proyecto de becas para escribir algún día un libro sobre Néstor Señoret, o acabar marchándome de este mundo con la curiosidad insatisfecha de ver la evolución de mi país en unos cuantos años más, enterarme si por fin lográbamos abolir las desigualdades sociales, o si la ética del hombre, es decir la ética que utilizábamos para convivir, mejoraba desde el punto muerto donde yacía después de millones de años de retrocesos y avances exasperantes.

Semanas después, Katie olvidó una casaca de yins en los colgadores del closet. Luego, poco a poco, fueron apareciendo otras prendas en el perchero, camisas de dormir bajo la almohada, zapatillas de levantarse con bordados de lentejuelas, carteras a punto de explotar debido a la presión de los afeites e implementos de manicure.

Por aquellos días de conformidad —porque por otro lado tempranamente yo no concebía que mi vida continuara sin Katie— ella me preguntó:

—¿Me amas, Martín?

No tuve la perspicacia de atribuirle trascendencia a la pregunta. Una frase como ésa se oye a cada rato en el planeta. Se pronuncia en el cine, en la televisión, y en los libros. Su respuesta no modifica en nada la situación porque no tiene vigencia asegurada. Me hice el distraído, necesitaba argumentos que no dieran lugar a malos entendidos. Sólo atiné a llevarla a la cama y allí la desnudé sin dejar ninguna parte de su cuerpo adonde no llegaran a cubrirlo mis labios y mis caricias.

—Te pregunté si me amabas —dijo, y me observó de reojo. En seguida, sopló con displicencia la columna de humo de su cigarrillo mentolado—. Necesito saberlo en este momento.

—Ni muerto podría imaginarme sin ti. —Le dije. Pensé que era la respuesta ideal porque decía poco y decía mucho a la vez.

Al día siguiente, desde el balcón vi que Katie y el chofer de un taxi descendían del vehículo con sendas maletas en las manos. No bajé a ayudar. Quedé helado y estático. Subieron

los tres pisos. Los inquilinos han rechazado la instalación de ascensores decididos a evitar que se incrementen los gastos de la comunidad. Atiné a arrastrar las maletas desde la puerta al pasillo, mientras Katie y el chofer volvían por un cargamento de revistas de publicidad y catálogos de bluyines. Parecía una reina africana con su rostro enmarcado en una cabellera ampulosa y motuda, como se peinan las modelos negras de las pasarelas en París. Al verla, mi corazón no supo tomar una decisión. Dio un salto desde el pánico a la felicidad, pero pronto reconsideró la situación quedándose en el miedo al presente y en las consecuencias inciertas que avizoraba en el porvenir. Había tenido otras amigas en mi departamento que guardaban conductas perfectamente predecibles, por tanto, me era fácil calcular el tiempo de sus despedidas y las fechas de sus retornos. Cargaban valijas pequeñas, como las que se llevan en los viajes breves. Si dejaban olvidada alguna prenda, al día siguiente volvían a retirarla, o llamaban para advertirme y pedir que las ocultara hasta la próxima visita.

En un momento, le pregunté:

—¿Has pensado de qué vamos a vivir?

—Estoy postulando a un trabajo en una gran empresa de publicidad —respondió.

—Nada concreto —comenté—. Yo también pienso postular a una beca para escribir sobre Néstor Señoret. Apostaría a que nunca has oído hablar de él.

—La verdad, nunca —y se castigó con golpecitos en la mejilla.

—De alguna forma nos arreglaremos para vivir —dije.

—Además, trabajo *part time* para algunas empresas que pagan bien —intentó tranquilizarme.

Cuando mi amigo Sandoval se enteró del aterrizaje de Katie, no pudo contener la ira. Predijo que arruinaría mi vida si yo no seguía su ejemplo de no dejarse dominar por las pasiones de chicas que enmascaraban su vulgaridad fingiendo conductas liberales. Yo intenté tomar en serio la advertencia, pero recordé

que la gente se siente a gusto opinando sobre los demás sin reparar en que, por lo general, carecen de talento para resolver sus propios problemas. No le hice caso. Él no disimuló la irritación que le causaban los espíritus débiles como el mío. Yo percibía que mis sentimientos por Katie cobraban mayor solidez cada día y que en muchos aspectos, la razón no tenía en mi cabeza ninguna posibilidad de triunfar. Katie había abandonado a su marido y me hacía sentir importante, demostraba que yo era capaz de alterar el orden del mundo, o servía como fuente de inspiración para que una cosa así sucediera. En los colgadores ella había izado las banderas de nuestra dependencia afectiva, en el orden práctico había llevado ollas a la cocina, vasos, tazas, objetos que establecían las bases de un vínculo duradero, que yo, acostumbrado a la soledad egoísta, aceptaba y rechazaba a la vez.

Katie introdujo sosiego de hogar en el departamento. Al carajo Sandoval. Él se proponía disfrutar de la pura lujuria, nunca arriesgaba los sentimientos, nunca una nostalgia, nunca un ramo de flores, todo lo opuesto a la conducta de tantos otros que se arruinan el bolsillo comprando obsequios con la finalidad de cautivar a sus mujeres. Katie me hacía feliz sin esfuerzo, me bastaba verla reír y cantar mientras diseñaba dibujos para estampar en el trasero de los bluyines, o ensayaba logotipos que le encargaban para diferenciar de manera agradable la personalidad de las empresas y los productos comerciales. En los afectos actuábamos como una perfecta sociedad en la que cada uno aportaba un cincuenta por ciento de inversión con la esperanza de construir entre ambos el cien por ciento de las ganancias que nos harían vivir en positiva simbiosis. Si yo entristecía, ella derramaba una lágrima. Si a mí me iba bien, ella se subía al podio y ahí le calzaban en la enorme cabellera una corona de laurel. Me leía decenas de frases publicitarias con el propósito de que yo midiera su efecto y la ayudara a elegir la que en definitiva presentaría a los clientes de la agencia.

Sandoval y la gente que sustituye gratuitamente a los psicólogos no entienden cuán simple es la vida. Ignoran que la existencia es un momento. Katie *arruinaría mi vida*, predijo Sandoval. La verdad, comprobada en la práctica, era otra. Ella enriquecía mi existencia, la hacía *vivable*. En la relación con Sandra, Sandoval reconocía un mérito: ella le brindaba un pla-

cer más vívido que el goce que obtenía mediante la simple masturbación. Le resultaba cómodo que ella viniera a él con su delirante e higiénica sexualidad. Así evitaba contratar los servicios de chicas apuradas y mentalmente más frías que él mismo. Con ella no tenía necesidad de llevar la cuenta de los besos ni calcular el precio de las prestaciones que su lujuria insaciable apetecía.

Ella, la chica descarada que soñaba recibir de Sandoval, cada vez con menos expectativa, una pizca de ternura, un día partió a un lugar denominado Silver Spring, muy cerca de Washington, a explorar posibilidades de trabajo y a buscar un socio con quien compartir risas y lágrimas, desnuda o vestida.

En el aeropuerto, después que Sandra pasara el chequeo de policía y desde lejos le temblara la barbilla al dibujar el beso de la despedida, Sandoval intuyó que Sandra no había sido para él tan solo el instrumento que sustituía sus actos onanistas. Sintió que la depresión se introducía en su cerebro. Pasados algunos meses no sólo el número de mensajes que recibía de ella disminuyó sino que también decrecían los contenidos que traían en su interior las palabras y las frases.

Por aquellos días recibí una buena noticia. Mis *Ocho Cuentos Intolerantes* habían ganado el primer premio en un concurso de narrativa. Poseían un trasfondo de fiscalización política, y denuncias de prácticas discriminatorias en el campo social. Por ejemplo, una mayoría nunca tenía en sus planes la idea de ponerse en el lugar del otro (con excepción de los actores dramáticos), nunca se aceptaba el hecho incontrovertible de que aparte de uno mismo, había millones de otros. Al final, se caía en la soledad del yo único, en el individuo sediento de honores y dinero. Onanistas pecuniarios. Nada nuevo, pero un par de años atrás, el tema recurrente de mis cuentos hubiera merecido el destierro o un largo período de cárcel. Lo importante era que el concurso estaba dotado de una buena cantidad de dinero. Venía a regalar alivio a mi exigua situación económica.

—Compremos un living —dijo Katie.

Para empezar, vivimos tres horas de euforia en el supermercado. En un momento me di cuenta de que me había convertido en uno de los alienados personajes de mis *Ocho Cuentos Intolerantes*. Echamos al carro, aparte de unos cuantos tuestos que necesitábamos para hacer más liviana la tarea de cocinar, una botella de champaña, jamón serrano y castañas de cajú. Nada mejor para traspasar los límites que el alcohol. Me gusta pasar al otro lado y que los demás se atrevan a venir. Creo que no me hago entender. Terminamos con Katie sobre una alfombra artesanal que se desplazaba patinando bajo nuestros cuerpos desnudos. En frío, cuando se encontraba lejos de la línea divisoria, Katie no se dejaba ver sin ropa. Como los atletas, necesitaba de los ejercicios físicos previos para que el cuerpo al final cediera a las exigencias. Se las arreglaba para esconderse en algún rincón y allí entrenaba la mente hasta que se quitaba la ropa. En la playa siempre tenía una toalla a mano para cubrirse en tanto saliera del mar. Lo mismo hacía después de ducharse. Pero una vez que el cerebro se despercudía, ella ostentaba su desnudez con el orgullo de una escultura de museo cuya belleza desvergonzada deslumbra a los visitantes.

—Compremos un living —insistió Katie medio borracha. El plan consistía en invertir parte del premio y guardar el resto para gastarlo con discreción.

Le dije que si queríamos hilvanar una conversación, se cubriera los pechos. Eran tan hermosos, tan fascinantes que uno no podía sustraerse a la idea de imaginar cómo sacarles partido.

—Un living de mimbre y una cama grande también de mimbre —le respondí, medio borracho, como ella. No recuerdo las promesas que nos hicimos esa larga tarde. He olvidado los compromisos mutuos que fundamentarían el futuro de nuestra relación. No podría reconstituir las promesas que ella me hizo. Supongo que hubo juramentos de amor eterno, toda esa rotativa de tópicos que se repiten invariables en todas las épocas. Supongo que nos felicitamos mutuamente por haber

culminado en la cama la inolvidable celebración de mis *Ocho Cuentos Intolerantes*.

Nos compramos un living y una cama grande de mimbre en cumplimiento de la única promesa que después pudimos recordar. Los restantes juramentos quedaron al azar, a la confirmación o retractación del tiempo. De vez en cuando, venía Sandoval a casa a darse una cura de recuerdos. La presencia de Katie, tan amiga de Sandra, le hacía bien, le iluminaba el pasado, los sitios y personas que habían sido testigos de sus ardientes encuentros en los que, por sobre todas las cosas, ahora descubría sentimientos profundos.